

tampoco se descuidó y mandó que un ordenanza civil regresara á Madrid y diese los detalles del suceso en cuestion.

Sin duda los de la ronda no traian mas órdenes superiores que las de su digno é inmediato gefe don Francisco Chico, porque á los tres ó cuatro dias en que unos y otros debieron haber recibido la contestacion, ya estaban mucho mas humildes aquellos, y no volvieron á molestar por ningun concepto á los deportados.

La noche que en el Corral de Almaguer tuvieron la improvisada funcion lírico-dramática, advirtieron los presos que todos los oficiales de la conduccion habíanse manifestado muy complacidos, esceptuando el que mandaba la caballería, que como se ha dicho ya era un teniente.

Ya en los dias anteriores se habia echado de ver que este oficial solia tener frecuentes conversaciones con el cabo de los de la ronda de capa; pero no estrañaron nada de esto, cuando supieron el dia siguiente, que el tal oficial de caballería habia pertenecido á las filas de don Carlos, y que era uno de los comprendidos en el convenio de Vergara.



CAPITULO XXVIII.

LOS LIBERALES DE LA RODA.

Desde el Corral de Almaguer fueron los presos á pernoctar en la Mota del Cuervo.

Colocóseles en la ermita de San Sebastian, á los distinguidos en el coro, y á los demás en la iglesia.

Ambos locales amenazaban ruina.

Nada notable ocurrió, si se esceptuan algunos obsequios parciales que recibieron los presos de parte de ciertos vecinos de aquel pueblo.

Al tiempo de emprender la marcha, uno de los deportados que habia pasado muy mala noche, sintióse gravemente enfermo, y no pudiendo continuar el viaje, quedóse allí bajo la vigilancia y custodia del alcalde.

Lo que al principio creyó una desgracia, redundó después en beneficio suyo.

El alcalde y todos los vecinos del pueblo se esmeraron á porfía en tributarle todo linage de cuidados, y habiendo escrito á su familia, voló al pueblo á consolarle y asistirle, consiguiendo despues la órden del gobierno para que regresára á su casa libremente.

¡Cuántas veces lo que se presenta como un nuevo infortunio, suele convertirse en lenitivo, en remedio á la desgracia!

Desde la Mota fueron los deportados á pernoctar en la venta de Pedroñeras.

Lo único notable que ocurrió fué, que en la siguiente mañana al emprender la marcha de nuevo, se agolpó en el camino una porcion de gente para ver pasar á los presos; y un anciano que les contemplaba con marcadas señales de dolor, no pudo contenerse, y con las lágrimas en los ojos, exclamó:

—¡Animo, hijos míos!... Andad con valor... sois inocentes... Algun día os vengarán estos que están aquí.

Y señalaba á una porcion de jóvenes y niños que tenia á su lado.

El entusiasmo del venerable anciano, no pudo menos de afectar á los viajeros políticos, é instantáneamente prorumpieron en vivas á aquel hombre, dándole la mano fraternalmente, y deseándole toda suerte de prosperidades.

Nada gustó aquel acto expansivo de patriótica exaltacion, ni al teniente de caballería ni á los individuos de la ronda de capa.

Descansaron aquella noche en la venta del Pinar, donde encontraron muy mal hospedaje; pues todos indistintamente durmieron sobre montones de paja, hallando apenas comestibles, ni aun pagándoles triple de su valor.

—¡A cuántas reflexiones dá lugar la vista de esta venta!—

esclamó uno de los deportados distinguidos que era militar.— ¡Cuántas víctimas sacrificaron en sus tapias los carlistas durante la guerra civil! ¡Cuántos infelices murieron fusilados en su recinto por el delito de luchar en defensa de las libertades patrias! ¡Y cuántos servicios no he prestado yo mismo en esta miserable Mancha á la causa del trono de Isabel II! ¿Y para qué aquellas víctimas? ¿Para qué mis servicios? Para que cuando ya esa misma Isabel II estuviera afianzada en su trono, sus servidores mas fieles y entusiastas se viesen aprisionados, deportados, vilipendiados! ¿Quién me habia de decir á mí, cuando luchaba por estos contornos contra Palillos y su faccion «dentro de algunos años, despues que haya triunfado la causa que defiendes, pasarás por aquí preso, y uno de tus conductores será un oficial de estos mismos facciosos á quien ahora combates, y este oficial recibirá el premio de semejante accion, de parte del gobierno de Isabel II!» ¡Manes que en esta venta fuisteis sacrificados por la faccion absolutista! descañad en paz. ¡Dichosos vosotros que no sois testigos de tanta ingratitud, de tanta vileza! ¡De nada aprovechó vuestra sangre vertida! Lejos de fecundizar el árbol de la libertad, solo ha servido para que los tiranos se mofen de vuestro patriotismo, como se mofan sacrilegamente de una nacion entera y generosa!

Esta ocurrencia y la falta absoluta de toda clase de auxilios que se notó en la venta, seguramente porque el ventero no simpatizaba con los negros judíos que tenia á la vista, hicieron que aquella estancia fuese la peor de todo el camino para los deportados.

Al otro dia fueron á La Roda.

Aquí varió enteramente de aspecto la situacion de los desterrados.

— Se les avisó al llegar que iban á hacer un descanso de dos días; y seguramente se admiraron de que en un pueblo tan esencialmente liberal se les detuviese cuarenta y ocho horas.

Dignos son verdaderamente de una estensa narracion los obsequios que los deportados recibieron en esta importante poblacion de la Mancha, de parte de sus correligionarios políticos.

Una comision de estos se presentó á los presos de distincion cuando apenas acababan de apearse, para decirles que tuvieran la bondad de aceptar un sencillo refresco.

Fué aceptado cordialmente, y no bien se habia deslizado media hora, estaban entre los presos las personas mas notables de la poblacion.

Ellas mismas sirvieron el ofrecido refresco que fué abundante, costoso y de un gusto delicado.

Después se preguntó á qué número ascendian los presos, y sabido, mandáronse otras tantas camas por cuenta de los mismos obsequiantes.

Llamaron aparte al deportado don José María Lallana, y le entregaron mil quinientos reales para que los repartiese entre los menesterosos de la cadena.

Creyeron todos que á esto se limitaba el obsequio de los patriotas de La Roda, mas no fué así; quisieron llevarlo mas allá, quisieron llevarlo hasta el punto del mas alto compromiso.

Serian las diez de la noche cuando volvieron á la cárcel dos de aquellos escelentes liberales, hicieron llamar á tres de los deportados distinguidos con quienes mas conocimiento tenian, entre ellos don Anselmo Godinez, padre de la virtuosa María, marquesa de Bellaflor, y hablándoles con las mayores precauciones y la reserva que se deja comprender, les dijeron:

—Compañeros, los buenos vecinos de este pueblo no pueden sufrir que ustedes padezcan por la santa causa de la libertad, y que padezcan por un castigo injusto y bárbaro. Veinte caballos se van á apostar cerca de este pueblo, y un guia que sabrá conducir á ustedes en breve tiempo á la mas próxima playa, desde donde podrán verificar su embarque para el extranjero. Tambien proveeremos á los intereses que hagan falta. Antes de que amanezca queda de nuestra cuenta sorprender la guardia. Consta de veinte hombres, ya lo sabemos; los demás están alojados en distintas casas. Partícipenlo ustedes á sus compañeros, y estén todos prontos. La señal será un silbido prolongado en la calle. A esos otros infelices de la cadena es imposible salvarles; harto lo sentimos.

Asombrados quedaron los tres presos al oír tan espuesta como heroica proposicion.

Tomó la palabra el honrado padre de María, el viejo y respetable Godinez, y con voz conmovida contestó de este modo:

—Señores, ó mas bien amigos; agradecemos en el alma sus intenciones, y no podemos encontrar palabras suficientes para demostrar nuestra admiracion, pero aunque hablo por mi parte, estoy ciertísimo de que todos mis compañeros piensan como yo. No podemos aceptar el inapreciable favor que desean ustedes dispensarnos. En primer lugar seria poco noble en nosotros esponer á ustedes y á toda la poblacion á un gravísimo é inevitable conflicto.

—Eso no importa, á todo estamos resueltos— contestaron los dos patriotas.

—Además— continuó Godinez— esos infelices que arrastran la cadena, aun en el caso de salir nosotros bien de nuestro árduo empeño, serian los que pagarian de un modo sobrado cruel nuestra fuga. Pero todavía resta otro inconveniente mayor para los que

blasonan de nobles caballeros. El comandante de la conduccion se porta con nosotros como pudiera hacerlo el mejor amigo, el mas afectuoso hermano. Esta fuga le comprometeria; y ustedes tienen demasiada discrecion para no pesar bien todos estos inconvenientes y hacerse cargo de que nos es absolutamente imposible admitir una proposicion que nos haria poco favor, á los ojos aun de nuestros mismos correligionarios politicos.

Alligíoles á los dos patriotas esta elocuente respuesta; pero convencidos de tan justas razones, se retiraron en seguida, no sin que antes recibiesen las mas sinceras pruebas de agradecimiento de aquellos á quienes intentaron salvar.

Divulgado el hecho entre los demás deportados, todos aplaudieron la respuesta que se dió á los dos liberales de La Roda.

El dia siguiente, que como se ha dicho ya, permanecieron tambien en aquella villa, recibieron los deportados nuevos obsequios de sus generosos naturales.

CAPITULO XXIX.

LLEGADA Á VALENCIA.

El 19 de junio salieron de La Roda los deportados con direccion á Albacete, donde llegaron á las cinco de la tarde.

Se les colocó en la casa del Ayuntamiento, los distinguidos en el piso principal y los de la cadena en el bajo.

A poco de haber llegado se notificó á uno de los presos de la clase distinguida, que se habia recibido orden del gobierno en la gefatura política de aquella provincia para que suspendiese su viaje, quedando hasta nueva disposicion en Albacete bajo la vigilancia de la autoridad.

No bien supieron los liberales de esta capital, que habian de pasar por ella los deportados, nombraron una comision, y la proveyeron de fondos para obsequiarlos de una manera espléndida.

Estaba ya preparada una comida para los deportados distinguidos, que no se sirve mejor ni con mas delicadeza en ninguna de las principales fondas de Madrid.

La opipara mesa estaba ya colocada en una sala de la misma casa capitular, con todos los cubiertos necesarios, y los convidados dispuestos á bajar y tomar sus respectivos asientos, cuando llegó una orden del meticoloso gefe político para que los deportados no comiesen juntos, sino por tandas de cuatro ó seis lo mas.

¿Qué se le figuraria á esta autoridad que podria resultar de que los presos políticos disfrutáran juntos de aquel obsequio?

¿Algun pronunciamiento?

No lo sabemos.

Lo cierto es que aquella orden tan original como incomprendible, tuvo que acatarse y cumplirse; pero tambien lo es que dió pábulo á mil chistes y ocurrencias epigramáticas que amenizaron la conversacion de los convidados, á costa de la *suprema inteligencia* del gefe político, durante la comida por secciones, que fué servida por los mismos obsequiantes, los cuales contribuyeron y con no escasa donosura, á la completa mofa que se hizo del pequeño bajá de Albacete.

Tampoco se quedaron sin obsequio los de la cadena: á todos se les sirvió un esquisito y abundante arroz con gallinas, variados postres y el vino suficiente para alegrarles, sin pasar los límites de la prudencia. Fueron además socorridos con diez reales por plaza.

No paró aquí el desprendimiento de los liberales de Albacete; pues habiendo sabido que algunos de los confinados distinguidos se hallaban bastante escasos de recursos, entregaron dos mil reales para repartirlos entre aquellos á quienes mas falta pudieran hacerles.

Quedóse en aquella capital gravemente enfermo el señor Fuster, comandante en situacion de reemplazo, y confinado en clase de distinguido; pero esta enfermedad no le privó de ser conduci-

do posteriormente á Valencia y embarcado para la Carraca.

De Albacete pasaron á pernoctar en el Villar, poblacion miserable donde apenas encontraron que comer.

Pasaron la noche muy mal en la posada; pero no así el dia siguiente que pernoctaron en Almansa, donde se les alojó en la casa capitular y tambien fueron obsequiados por los liberales con un abundante refresco y buenas camas, recibiendo además algun socorro pecuniario de los mismos patriotas, los liberales mas necesitados.

De lo que llevamos referido resulta que en las tres poblaciones de alguna importancia por donde transitaron, fueron obsequiados como se ha visto; en una de ellas quisieron libertar á todo trance, con inminente riesgo de sus moradores, á los deportados distinguidos.

Esto habla muy claro en pro de la causa por cuya defensa sufrían aquellos infortunados; y los que de tal guisa se interesaban por ellos, lo hacian esponiéndose á sufrir la misma suerte que afligia á los que tales muestras de simpatía prodigaban.

De Almansa pasaron á la venta del Puerto y de esta á la del Rey, sin que nada notable aconteciera en estas dos jornadas.

El 24 llegaron á la Alcudia de Carlet, donde permanecieron en una posada aquel dia y el 25.

Así en Albacete como en Almansa habian recibido cartas de sus familias fechadas en Madrid.

En todas ellas les pintaban el estado cada vez mas lamentable de la capital del reino; y eso que no escribian con la franqueza que deseaban, porque se sabia que el sagrado de la correspondencia era inicuaamente profanado y sufría un reconocimiento y espurgo general antes de partir á su destino.

Con todo, se les participaba que las prisiones no habían cesado, y que muy frecuentemente salían nuevas cuerdas con dirección á Andalucía; y que algunos amigos á quienes habían dejado tranquilos en sus casas, de los que se habían despedido de ellos en el portazgo y en Aranjuez, acaso por este solo hecho habían sido encarcelados y se preparaba también su destierro.

Igualmente les decían que otras conducciones no habían sido tan afortunadas con el comandante, y que los presos habían sufrido inmensas vejaciones y penalidades de parte de su conductor.

Bien puede asegurarse que ninguna de las infinitas cuerdas que salieron de Madrid logró la suerte de tener un comandante más cumplido caballero, ni más liberal que don Domingo Olalla.

En la Alcudia se tuvieron noticias de la primera cuerda que había salido de Madrid para Valencia por el camino de las Cabri-llas, y embarcándose para la isla de Ibiza.

La mujer de uno de los deportados de aquella cuerda, que había acompañado á su esposo hasta el embarque, y no le siguió porque no se lo permitieron, la cual regresaba en consecuencia á Madrid llena de dolor y de angustia, fué quien les dió estas infaustas noticias que fielmente trasmitimos á nuestros lectores.

El comandante conductor de aquella otra remesa de hombres les había tratado con la más inaudita crueldad.

Mezcladas con los hombres, en clase también de deportadas, habían salido cinco mujeres de Madrid, sin que hubiese más excepción para ellas que la de ir sueltas, aunque entre filas como los demás presos que iban emparejados.

¿Puede darse un acto más repugnante de escandalosa inmoralidad?

¿Cuál era el delito de aquellas infelices?

Se les había acusado de haber ocultado armas y favorecido la insurrección; pero aun cuando esto fuera cierto, aun cuando estuviera esto probado hasta la evidencia, aun cuando merecieran un castigo ¿era justo ni decoroso que se las confundiese con el otro sexo?

¿No marcan las leyes castigos peculiares de estos casos?

¿No hay casas de corrección para las mujeres que delinquen?

¿Por qué no se las destinaba á una de estas reclusiones, toda vez que se trataba de imponerlas un castigo?

¿Se hubiera llevado á cabo un acto tan brutal en Africa ni en Turquía?

Son tantas las reflexiones que sobre este acontecimiento se nos aglomeran en la mente, que no dudamos ocurrirán también á nuestros lectores, y á su buen criterio apelamos para que juzguen hasta qué punto ofendían la moralidad las autoridades de aquella ominosa época.

Hay que advertir que de las cinco mujeres deportadas, cuatro eran jóvenes y de buen parecer.

Otro hecho relató con las lágrimas en los ojos, que escitó la indignación, y aun la desconfianza y el temor en todos los deportados que le oyeron referir.

El hecho á que aludimos traspassa los límites de la más atroz venganza, patentiza los instintos de esterminio y sangre que presidian en el ministerio de que era gefe Narvaez, de que era individuo el funestamente célebre conde de San Luis.

Entre los presos de la primera cuerda que salió de Madrid para Valencia, se encontraba Calisto Fernandez, uno de los que habían estado en capilla y debían la vida á la piedad de la reina.

Decíase que este Calisto había sido, en el año de 1843, uno

de los que hicieron los disparos en la calle del Desengaño contra el general Narvaez, y por cuyo atentado habia conseguido indulto.

Escudado con él, creia este desgraciado que su suerte seria igual á la de sus demás compañeros de deportacion.

No fué así por su desgracia.

El anatema de una venganza horrible y homicida pesaba sobre su cabeza. Este anatema..... se cumplió.

La pluma se resiste á describir un acontecimiento que despega la carne de los huesos.

Calisto Fernandez, el primer dia que llegaron los presos á Valencia, fué separado de entre ellos á las altas horas de la noche.

Habia salido de la cárcel y aun de Valencia escoltado por cuatro miñones.

El dia siguiente habia en las cercanías de Valencia un cadáver ensangrentado... era el de Calisto!...

Los miñones habian sido viles instrumentos de una venganza innoble.

Ni aun los consuelos de la religion se prestaron al infeliz.

Su muerte fué la muerte que se da á un perro rabioso.

Todos los hechos que á los deportados contó aquella mujer eran ciertos; pues después los supieron en Ibiza por sus compañeros de infortunio.

En esta primera cuerda fué comprendido y deportado el patriota don Miguel Ortiz, aquel á quien recordará el lector dieron por muerto los periódicos de Madrid á consecuencia de los sucesos del 7 de mayo.

El 26 salieron los deportados para la venta de Santa Bárbara, á una legua de Valencia, en cuyo punto permanecieron aquel dia y el 27.

Todos creyeron que á la proximidad de aquella populosa capital recibirian visitas de los liberales, pero se equivocaron.

Esta creencia la fundaban en lo que les habia acontecido en Almansa, Albacete y La Roda; pueblos inmensamente inferiores á Valencia; pero sin duda por esta misma razon se vigilaba mas á los liberales, y como ya se habian practicado algunas prisiones y aun deportado á varios progresistas, el terror se habia difundido, y generalmente no se atrevieron á comunicarse ostensiblemente con los presos que procedian de Madrid.

Solo algunos amigos particulares, muy escasos, se presentaron individualmente; pero permanecieron muy breve tiempo entre los presos.

Durante la permanencia en esta venta sucedió un caso sumamente gracioso, que declara la índole de los seis individuos de la ronda de capa que siguieron todo el camino, maldiciendo de la bondad del comandante para con los deportados y jurándosela en secreto.

El hermoso suelo de Valencia, es en derredor de esta antigua ciudad del Cid, una inmensa alfombra de huertas y jardines.

Enfrente de la venta de Santa Bárbara, donde hemos dicho ya que pararon los deportados, hay tres ó cuatro de estos verjeles, de cuyos frondosos árboles pendian á la sazón abundantes y riquísimas frutas.

Dos de los de la ronda que tal vieron, dijeron para sí: «esta es la nuestra» y sin encomendarse á Dios ni al diablo, ni pedir licencia á su dueño, á guisa de comunistas que no guardan respeto alguno á la propiedad agena, se introdujeron en la huerta que mejor les pareció, é hicieron buena provision de la fruta que mas les plugo.

Habian paladeado ya las mas esquisitas, y llenado sendos pañuelos, cuando se disponian á salir de la huerta; pero quiso Belcebú que topáran con el guarda de la posesion y el teniente de infantería, que estaba dotado de los mismos sentimientos que el capitan su gefe.

—¿Qué hacen ustedes aquí—les preguntó.

—Hemos venido... mi teniente... á ver la huerta—respondió tartamudeando uno de ellos.

—Han venido ustedes á robar, como acostumbran.

—No hemos cojido nada.

—¿Con que no han cojido ustedes nada?

—Nada, mi teniente.

Habian ocultado los pañuelos detrás de un árbol.

—Les he visto á ustedes.

—Puede usted registrarnos si gusta.

Y apoderándose el teniente de los pañuelos llenos de fruta, añadió en tono severo:

—Hé aquí el cuerpo del delito. Son ustedes unos ladrones..... ladrones en despoblado, y supuesto que ahora se fusila sin formacion de causa; á ver, guarda, descargue usted su carabina sobre el uno.

—¡Señor!

—Luego la carga usted para el otro... los dos van á recibir el castigo que merecen los ladrones.

—Mi teniente... por Dios...

—Nada, nada... por mucho menos se fusila en el dia... Guarda, dispare usted.

—Déjelos usted, señor oficial—contestó el guarda.—Ese es poco motivo para...

—Repito que por mas leves motivos se quita ahora la vida... se deporta...

—Que se vayan benditos de Dios—repuso el guarda—y se coman la fruta... yo les perdono.

—Pues yo no; y toda vez que no quiere usted castigarlos, sin perjuicio de dar el oportuno parte á Madrid, á ver, guarda ¿cuánta fruta hay aquí?

—Unas doce libras.

—¿Qué precio tendrá?

—Tres cuartos por libra.

—Eso es aquí. Los señores saben que en Madrid cuesta lo menos dos reales; con que, al precio de Madrid, den ustedes al guarda veinticuatro reales y vayan á convidar con ella á sus dignos camaradas.

Sin replicar una sola palabra, soltaron los de la ronda sus veinticuatro reales, y se fueron mohinos, maldiciendo del teniente y del deseo de imitar, aunque mas en grande, el pecado de nuestro primer padre Adan.

Antes de abandonar aquella venta, recibió un anónimo el deportado don José María Lallana, en el cual se le prevenia que el gobierno habia decretado el embarque para Ultramar de todos los deportados indistintamente.

Aquel anónimo habia sido tirado al acaso en un sitio escusado de dicha venta, con sobre al indicado señor.

Un deportado de los de la cadena, se lo encontró y le entregó á quien iba dirigido.

No se sabe con qué objeto se dió aquella fatal noticia, tan prematura como incierta entonces; pues es positivo, como se supo después, que hasta el 4 de agosto no decretó el gobierno el em-

barque á Ultramar de la totalidad de los deportados.

Semejante nueva, que en el deber de compañerismo, comunicó el señor Lallana á los demás, les dejó á todos aterrados.

Unido esto á la desastrosa muerte ó mas bien asesinato cometido en la persona del artesano Calisto, todos salieron de la venta de Santa Bárbara temiendo por sus vidas.

Un número considerable de tartanas habia ido desde Valencia.

Fueron alquiladas por los que pudieron gastar, y con ellas llegaron hasta la puerta de San Vicente.

Allí estuvieron mas de una hora aguardando órdenes; hora en que fluctuaron entre la duda y el temor, tal era la situacion de aquellos infelices.

Llegaron por fin las órdenes: se destinó á los presos de la cadena al Grao para donde partieron por la ronda, sin entrar en Valencia, escoltados por la mitad de la fuerza.

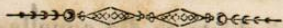
Los distinguidos fueron conducidos á la torre de Cuarte, y la otra mitad de la fuerza les condujo á aquel antiquísimo, triste y oscuro torreón.

Dos salones ocuparon en la parte media del edificio.

Unas altas rejas comunicaban la luz á aquellas estancias.

Ya llegaron los deportados al término de su viaje por tierra.

Ya están en la deliciosa Valencia.... mas ¡ay! que no han de disfrutar con libertad de la hermosura de su cielo, ni de su fértil campiña, deliciosa aglomeración de verjeles encantadores.



CAPITULO XXX.

ARKINKINKOF.

Antes de proseguir nuestra narracion, conviene que sepa el lector las cualidades físicas y morales del alcaide de la torre de Cuarte, á cuyo cargo fueron encomendados los presos de distincion.

Frisaba este alto funcionario, y le llamamos alto, porque nadie en Valencia ejercia su empleo en puesto mas elevado; frisaba, como ibamos diciendo, en los sesenta años de edad.

Sargento cuando la guerra de la independencia, habia servido á las órdenes del general Elío, otro Narvaez de aquellos tiempos.

Amaestrado en tal escuela, y después ascendido á vigilante ó guardian de presos militares, júzuese cuál podia ser la acogida que le mereciesen los deportados.